

Retrato de Joyce como crítico

A lo largo de su obra, Joyce habló de no pocos escritores y artistas. Sabatini ha recogido las opiniones del escritor irlandés sobre treinta y cinco escritores, de los que nosotros hemos seleccionado doce, para no aburrir al lector:

Los fines del arte. El crítico es capaz de acercarse al estado espiritual que engendró la obra, ver lo que hay de acertado en ella y comprender su significado. Es un acto de veneración y, para llevarlo a cabo, es necesario dejar de lado multitud de convenciones y asumir que los fines del arte son instruir, exaltar y entretener al público.

Leonardo da Vinci. Al explorar los rincones oscuros de la conciencia en aras de una psicología semipanteísta, Leonardo observa la tendencia del artista a dejar su propia imagen en lo que crea. Esta tendencia explica por qué no pocos pintores incorporan un reflejo de sí mismos a los retratos que hacen de otros.

Giordano Bruno. Su misticismo no tiene nada de quietismo ni de claustro sombrío: es vigoroso, y de pronto puede volverse apasionado y militante. La muerte física es para él la suspensión de un modo de ser. Esta creencia convierte a Bruno en uno de esos hombres que no tienen miedo a la muerte, que la miran con altiva serenidad. Su defensa del conocimiento intuitivo es un ejemplo perdurable para nosotros.

Donne. Sus versos tienen una rica textura contrapuntística; parece que toca con una sola cuerda. Sus poemas de amor son los más complejos y profundos que conozco. Con él, uno se adentra en un laberinto de ideas y de sentimientos. Un poema suyo es una aventura, una experiencia que no sabes a dónde te lleva: así es la vida y así debería ser toda obra literaria.

Óscar Wilde. La idea central de *El retrato de Dorian Gray* es pura fantasía. Dorian es un hombre bellísimo que se vuelve malvado, pero que no envejece, al contrario que su retrato. No cuesta mucho leer entre líneas. Las intenciones de Wilde eran buenas —mostrar el egoísmo de algunos—, pero el libro está lleno de mentiras y epigramas. Si hubiera tenido el valor de desarrollar lo que apenas esboza, el libro le habría salido mejor.

Guy de Maupassant. *Belami* es un libro entretenido y lleno de vida: retrata bien, supongo, la clase social parisina de 1880, pero no diría que es una gran novela. Me parece una miniatura, como todo lo que escribió Maupassant. Es una colección de excelentes cuentos cortos, pero al personaje principal, Duroy, fui incapaz de tomármelo en serio; es una especie de semental francés.

Stendhal. Cómo no admirar al autor de *Rojo y Negro* y *La Cartuja de Parma*. La pasión fue su razón de ser, elevarse mediante la pasión es, sin duda, la religión de todos los románticos. Pocos escritores han reflejado la pasión con tanta intensidad, como lo hace Stendhal en la escena en que Julien se esconde en el dormitorio de Madame de Rênal o cuando, más tarde, sube la escalera de mano hasta el de Mathilde de la Mole. Su descripción del frenesí sentimental es extraordinaria.

Tackeray. Describió los cuadros sociales en *La Feria de vanidades*: ¡qué insípidos son comparados con los de Stendhal! Los dos pertenecieron a la misma época y sus libros tratan más o menos de la misma clase de gente. Stendhal nunca se ponía blando ni sensiblero; Tackeray sí, sobre todo, al hablar de mujeres. Sin embargo, Tackeray tiene una cualidad que le falta a Stendhal: el sentido del humor. Ningún francés se reconoce inferior a la vida, pues su vanidad se lo impide. Los ingleses afrontan el destino con mayor serenidad gracias a su sentido del humor.

El nuevo realismo. Ulises señala una nueva orientación en la literatura: el nuevo realismo que sustituye al clasicismo romántico, con el fin de liberarla de sus viejas ataduras. Hasta ahora, los escritores se habían preocupado por las cosas exteriores, lo que se ve (hasta Pushkin y Tolstói pensaban en una sola dirección). Hoy el tema central se extrae de las fuerzas subterráneas, de las corrientes ocultas que lo rigen todo y que empujan a la humanidad en dirección a la de la aparente riada: los fluidos tóxicos que envuelven el alma, los vapores ascendentes del sexo.

Chéjov. Es el escritor que más admiro de la literatura rusa del siglo XIX. Aportó algo nuevo a la literatura: un sentido dramático opuesto a la idea clásica de que una obra de teatro tiene que tener un planteamiento, un nudo y un desenlace definidos y el autor tiene que hacerla progresar hacia el clímax a lo largo del segundo acto y dejarlo todo resuelto en el tercero. En sus obras, la acción es un continuo, la vida fluye hacia dentro y hacia fuera del escenario sin que nada se resuelva. Tenemos la sensación de que los personajes han vivido antes de la obra y seguirán viviendo de manera igualmente dramática después. Su teatro no es tanto el drama de unos individuos concretos cuanto el drama de la vida misma. Esa es su esencia, que contrasta con la del teatro de Shakespeare, que trata de pasiones y ambiciones encontradas.

Dostoievski y la prosa moderna. Dostoievski ha contribuido más que ningún otro escritor a forjar la prosa moderna y llevarla a su intensidad actual. Fue su potencia explosiva la que hizo saltar en pedazos la novela victoriana, con sus trivialidades perfectamente dispuestas. Los elementos que manejó en sus obras —la violencia y el deseo— son el aliento mismo de la literatura. Siempre estuvo

enamorado de la violencia y eso es lo que le hace tan moderno. Y eso explica también el poco afecto que le tenían sus contemporáneos. Turguénev odiaba la violencia. Tolstói no le veía ningún talento literario, pero "admiraba su corazón": sus personajes actúan de manera extravagante, casi como enajenados, pero sus cimientos morales son firmes.

Proust. Es el mejor escritor francés contemporáneo y, sin duda, el que ha llevado más lejos, o a una perfección mayor, la novela psicológica. Sus primeros libros que retrataban la sociedad parisina de su época me causaron honda impresión. Pero luego se embarcó en una obra excesivamente elaborada, *En busca del tiempo perdido*. No era experimentación lo que buscaba, sino el deseo de introducir innovaciones para describir la vida moderna que él veía a su alrededor. El llamado estilo clásico tiene un temple y un ritmo fijos que lo hacen casi maquinal. El de Proust transmite la erosión constante y casi imperceptible que produce el tiempo: ese es el tema de su obra.